



Las ventajas de revisar el asiento trasero

Oswaldo Reyes

—La situación es confusa —dijo el reportero, mirando hacia el carro estacionado a lo lejos. El blanco de su carrocería se veía tatuado de manchas irregulares en negro y gris. Sus vidrios no eran más que astillas en marcos inservibles—. Testigos presenciales aseguran que la policía, sin mayor provocación, empezó a amenazar al dueño del vehículo, cuando trataba de subirse al mismo. El hombre, evidentemente molesto, empezó a discutir y se abalanzó contra ellos, quienes no dudaron en usar fuerza letal. Las autoridades no han querido dar declaraciones y...

Cerca del auto, la detective Graco miraba el interior sin acercarse demasiado. A su lado su compañero sacudía la cabeza.

—No los disculpo, Marialexis, pero los comprendo. Imagínate que eres uno de ellos y sabes que hay un criminal peligroso en el área. Encuentras un auto que encaja a la perfección con la descripción, te asomas y ves eso —dijo señalando con el dedo el asiento trasero—. Yo también sacaría mi arma, si lo veo llegar.

Graco prefirió no opinar para no darle la razón. En el piso del sedán, un cuerpo atado de pies y manos. Llevaba una venda oscura en los ojos y otra igual sobre la boca. Sus ropas estaban manchadas de aceite y lo que, de lejos, parecía sangre. Solo al escrutinio cercano se podía ver que no era más que un maniquí.

Una invitación al desastre, consideradas las circunstancias.

—¿Alguna idea de qué pasó?

—El muerto se llama Juan García. Es director de teatro. Eso y el cuadernillo en el asiento trasero podrían explicar muchas cosas. Parece un guion.

Graco asintió. En letras negras se podía leer “Las ventajas de revisar el asiento trasero” por Juan García.

De no estar encargada de esa escena del crimen, se echaba a reír.

A dos kilómetros de distancia, Javier Prado, reportero del diario La Esclusa, redactaba una nota para la edición matutina del día siguiente. Requería el visto bueno de su jefa, pero estaba seguro de que lo publicaría sin pensarlo demasiado. Las redes sociales eran un arma de doble filo y los eventos de esa tarde eran una prueba fehaciente de esa realidad. Una noticia falsa liberada en Twitter se propagó como un virus por los circuitos electrónicos. Alguien dijo presenciar un secuestro. Un segundo usuario aseguró haber visto a un hombre de mediano tamaño arrastrar a otro y lanzarlo al interior de un sedán blanco. Un tercero confirmó el testimonio previo, agregando que lo escuchó suplicar por su vida, antes de ser amordazado y empujado. Todo eso el mismo día del asesinato de Mateo Parra, empresario extranjero, ultimado de dos tiros en el pecho mientras se reunía con su abogado en un restaurante de comida italiana. Ese crimen se mezcló con una improbable cadena de eventos y terminó con un reconocido director de teatro muerto, su sangre dándole color al asfalto de un solitario callejón.

—Eso suena bien —pensó, regresando su atención al computador y escribiendo la escena pintada en su cabeza.

Mientras sus dedos se deslizaban sobre el teclado, la señora Yaira Rodríguez, ahora viuda, hacía lo mismo en su apartamento a tres calles de distancia. A su lado, el cuadro con la foto de su boda. Un feliz Juan abrazándola, cuando los dos pensaban que el mundo sería de ellos. Ahora,

cinco años después y con apenas doscientos dólares en la cuenta de ahorro, esperaba recibir mucho más del seguro de vida y de la demanda que le pondría a la ciudad por el asesinato de su esposo.

Un plan sencillo que debió ocurrírsele mucho antes. Juan rehusaba mirar para atrás cuando retrocedía al conducir.

—Para eso son los espejos retrovisores —le decía, la amenaza del golpe siempre en sus ojos y en el temblor de sus dedos—. Para no tener que torcerme el cuello.

El asiento trasero de su auto era un terreno virgen para él. Por eso sabía que nunca vería el libreto que ella escribió con su nombre o el maniquí en el piso. Parte de la utilería necesaria para poner en escena la última obra del director Juan García, pensaría la policía.

Al escuchar la noticia del asesinato del empresario, se puso en acción. Esperaba una noticia así. Algo fortuito que pusiera a la policía en alerta y que sus representantes se vieran más propicios a disparar primero y a preguntar después. Llevaba meses preparándose para ese evento. Creando perfiles falsos en Twitter, en Facebook y en Instagram. Cinco personalidades diferentes, correos electrónicos falsos y mensajes diarios de todos ellos para darles una vida que era fruto de su imaginación. Actores puestos en un escenario virtual esperando la hora del estreno.

Apenas escuchó la noticia del asesinato, sacó el maniquí de su escondite, condujo hasta el teatro donde su esposo dirigía su último fiasco y lo escondió en el piso del asiento trasero de su auto. Juan pasearía por toda la ciudad sin darse cuenta de lo que llevaba. Lo llamó al medio día para confirmar su paradero, algo que detestaba. Si llegaba a casa esa noche, tendría una paliza garantizada. Tan pronto supo que estaba donde siempre, en el bar de Paco, empezó a soltar las noticias del falso secuestro. Sus cinco personalidades cobraron vida y confirmaron la noticia. Sus seguidores, haciendo eco de los mensajes, dispersaron la historia. La policía sería informada del secuestro, mientras buscaban al asesino del empresario, crimen con el que no tenía nada que ver.

Cuando Lastenia, su tercera personalidad, reportó haber visto el sedán cerca de un bar, le mandó un mensaje a su esposo para que se apurara. Juan saldría enfurecido del bar y se toparía con la policía.

No era una persona razonable cuando estaba molesto.

Ahora tenía que hacer desaparecer a sus actores. Cuando Lastenia se esfumó para siempre, tomó el pote de antiinflamatorio en pomada que se untaba después de los golpes y lo arrojó a la basura, seguido del cuadro de su boda.